

CARTA SEGUNDA

Las horas de *chaise longue*. — ¿Por qué hay niños? — Primera definición de la educación. — La felicidad del niño. — Puericultura. — La elección de médico. — Historia de un termómetro de azúcar de cebada. — Cambios operados después de Juan-Jacobo. — Las tres soluciones. — Cómo ayuda la ciencia moderna á la debilidad femenina. — Llamada por teléfono.

PARA ese pequeño sér que se elabora en ti, querida Francisca, tienes deberes excepcionales que no pueden compararse á ningún otro, ni siquiera á los que tienes para con tu esposo. Es justo, es normal, decía yo no hace mucho, que dés al marido más amor que al niño : sin embargo, éste más que aquél, merece que le protejas, que le sirvas. ¿Porque es más débil? Indudablemente; pero, sobre todo, porque *no ha pedido nacer*, en tanto que tu marido te ha querido por mujer. En esto se funda la responsabilidad de los padres : yo no conozco nada más evidente y formidable, hasta el punto de que la ingratitud ó indignidad del niño no anulan este principio. Aun siendo ingrato é indigno, el niño, en suma, no existe sino por vuestra voluntad.

Hasta la hora presente vuestra responsabilidad está indemne. Máximo y tú gozáis de perfecta salud, primer deber de los que fundan una familia. ¡Maldición para aquellos cuyos hijos podrán escuchar : *Pater te genuit dum ebrius foret!* Además tú no eres de esas madres que, durante el sagrado período del embarazo, conceptúan como un honor desdeñar toda precaución y se esfuerzan en ocultar que van á ser madres. Esto no está bien, porque el niño puede sufrir y la madre no tiene derecho á dejarlo. Es también una tontería porque constituye un fingimiento, el deseo de sor-

prender á los demás. La maternidad, función normal de la esposa, no tiene necesidad de ostentarse; pero mucho menos de ser disimulada ó tenida por algo sin importancia.

Este mes, cuyos « largos ratos de aburrimiento » ha cantado Virgilio en una égloga célebre, — sobre todo, los últimos meses, los más penosos, aquellos durante los cuales las horas de *chaise longue* son más frecuentes, — me los imagino yo consagrados por la joven madre á un recogimiento, á una meditación, cuyo objeto no puede ser otro que el hijo... ¡ Oh ! concedo que existen momentos de enervamiento durante los cuales no se medita ni se piensa; momentos en que el mismo Máximo sería acogido con un enérgico, « ¡ Déjame en paz ! » y el tío-consejero con un « ¡ Váyase ! » conciso y neto. Pero, sin embargo esto, Francisca, quedan horas, horas un poco lánguidas, muy á propósito para pasear el pensamiento por fáciles caminos. ¿Qué alimento habrá entonces más sano para tu vida interior que el de pensar en el hijo?

¿Por qué se es madre, Francisca? ¿Por qué hay niños? No me dés una respuesta frívola y disparatada. No me repliques : « ¡ Porque no se puede hacer otra cosa ! » ó « ¡ Porque vienen ! » Respóndeme, si quieres, con la Iglesia : Para hacer cristianos; — ó con el Estado : Para hacer ciudadanos... Yo respeto las dos contestaciones, aunque no me satisface ninguna : son respuestas doctrinales, no de realidad práctica. La idea religiosa, la idea social ó la idea patriótica, pueden influir en el acrecentamiento de las familias; pero la mayoría de las parejas humanas, los refinados igual que los humildes, desean tener hijos para « ser felices ellos »; en una palabra, por egoísmo. Egoísmo superior al de los solteros ó al del matrimonio voluntariamente estéril; pero egoísmo al fin.

Yo quiero, Francisca, que seas una madre consciente y no una ciega fuerza generadora, un egoísmo engañado por la naturaleza. Quiero que pienses :

« Sí, yo deseo un hijo para aumentar mi felicidad, porque el niño es un muñeco delicioso; porque la familia crece, prolonga su influencia social; porque el hijo es el huésped

más alegre de la casa. No ignoro los deberes y penas que encierran estas dos palabras adorables : Mi hijo. Y si quiero un hijo es también *por él*, porque la belleza y variedad de la vida se reflejen en un nuevo sér nacido de mí; por concentrar en él mi facultad de amor, mi pasión de ser útil; en una palabra, porque, gracias á mí SEA ÉL FELIZ. Por instinto busco yo aquí mi felicidad; pero, por reflexión, persigo la suya. Y, precisamente porque soy un sér reflexivo al que una primera maternidad ha dotado de alguna experiencia, preveo que la felicidad de mi hijo me ocupará más que la mía propia. Naturaleza, no creas que me engañas : conozco tu ley, y, por adelantado, me someto á ella... »

Una vez fijado este punto y tomada la resolución de tener un hijo *por él* más bien que *por sí*, el sentido de tus meditaciones, querida sobrina, se precisa. Se trata, en primer lugar, de estudiar, de prever, de preparar la felicidad del hijo esperado. Si éste tiene un cuerpo sano y robusto; si su voluntad y sensibilidad son, á la vez, ricas y disciplinadas; si sabe mirar y comprender el espectáculo del mundo, admitimos que será más dichoso. Durante el período que permanezca bajo la dependencia de los padres, el deber de éstos consistirá en formar su cuerpo, su sensibilidad, su voluntad, su inteligencia.

Esta formación es lo que, en suma, se llama educación. *Educación un hijo es, pues, colocarle en condiciones de ser lo más feliz posible.*

Tal es la primera definición que quiero darte de la educación. Todavía no indica sino una orientación bastante vaga; pero has de tener presente que iremos precisándola poco á poco. Sin embargo, es bastante importante, pues funda la educación *en la felicidad futura del niño.*

¡Felicidad!... Palabra llena de misterio, de misterio casi amenazante. No la pronunciamos sin temor supersticioso ni sin exceso de ilusión. Sabemos que la vida está tejida de alegrías y penas y que de éstas ningún amor preserva totalmente al sér querido. Equidistante de un piadoso optimismo y de un pesimismo neurasténico has de pro-



... El niño es un muñeco delicioso... (pag. 23).

curar, Francisca, que converjan en la cabeza de tu hijo las misteriosas radiaciones de la felicidad humana.

La condición primordial para alcanzar esta felicidad, es que el niño tenga un cuerpo sano, que progrese normalmente en la vida orgánica y que viva bien preservado de los agentes destructores que le acechan desde que nace.

La educación inicial es cultura, en el sentido no figurado de la palabra. Ha nacido una pequeña planta, ¿cómo alimentarla, preservarla y hacerla crecer?

Cuando Juan Jacobo Rousseau escribió el primer tomo de su *Emilio*, desenvolvía extensamente el capítulo de higiene infantil. Muchas de sus prescripciones son actualmente desoidas ó condenadas. Otras, como el consejo á las madres de que amamanten ellas mismas á sus hijos, ó la protesta contra el enfajamiento, están de acuerdo con las teorías y usos modernos... Rousseau fué un útil, un ingenioso precursor, y, la humanidad no ha visto transcurrir en vano los ciento cincuenta años pasados desde que se escribió el *Emilio*: la puericultura es hoy una ciencia constituida y cualquier manual moderno enseña más cosas á la joven madre y mejor, desde luego, que el *Emilio*.

¿Á qué se debe, pues, el que la mayoría de las madres aprendan la puericultura experimentalmente, con experiencia á costa siempre del primer hijo y continuada después á costa de los más pequeños? Sin duda alguna se debe á que enseñan á las jóvenes ortografía, literatura, música, pintura, historia, geografía, idiomas, hasta álgebra; pero no se cuidan de inculcarles elementos, esenciales, sin embargo, para las futuras madres, del arte de educar á los niños. Una estupidez más entre las muchas de que está plagada la enseñanza. Ya no estamos en los tiempos de Labiche, cuando la palabra « hijo » pronunciada delante de las jóvenes las hacía ruborizar. Reto á cualquier gran maestro de la Universidad á que, en nombre de la moral pública, se atreva á protestar de que la palabra puericultura figure en los programas femeninos. Sin embargo, persisten en excluirla. Inercia ó respeto humano: quizás ambas cosas.

Careciendo de nociones que habría podido aprender jugando, ó con una tierna y útil emoción, la joven moderna, ya madre, se ve obligada á entregarse y entregar su hijo á la discreción del augur moderno: el médico.

Junto al lecho de la parturienta ó á la cuna del recién nacido, se instala el médico y va á reinar como amo y señor...

En tanto que la puericultura no se enseñe corrientemente á las jóvenes, en tanto que la madre no llegue á serlo preparada por una educación especial, el consejo más útil que pueda dársele, es el de saber elegir su médico.

¿Cómo hacer la elección?

No tanto, querida Francisca, por su fama, por sus títulos, por el aparato científico que despliegue, como por sus cualidades de hombre: buen sentido, buena experiencia, decisión, autoridad, abnegación.

— Sin embargo, el valor científico...

— Desde luego, no hay que despreciarlo. Pero considera, Francisca, ¡cuán poca cosa es la certidumbre científica médica! Algunos principios de terapéutica, viejos como el mundo; algunos descubrimientos recientes de física y química; lo demás no es sino curiosa teoría, pero incierta, tan variable casi como las modas de vuestros peluqueros. ¿Quieres una prueba de esta incertidumbre, de esta variabilidad? Entre el quinto y décimo año del presente siglo los cuidados para la joven que acaba de ser madre, han cambiado radicalmente. Todo un sistema de hidroterapia que causó furor, lo condenan ahora y reputan como nocivo.

Créeme, la fórmula que acabo de proponerte, es justa: un médico, ante todo, vale lo que vale el hombre. Un gran sabio, si tiene manías, puede ser nefasto, pues nos expone á ser víctimas de experiencias ó preocupaciones. Por lo menos, hay peligro de que envenene nuestra vida por la manía muy moderna del exceso de « medicalidad ».

Un ejemplo de este último caso, hoy muy frecuente, nos lo ofrece el doctor Tasqué en su propia familia. Nuestro amigo es, sin duda alguna, un médico muy inteligente; pero su arte parece que le ha hechizado, y él ha hechizado á su mujer. La víctima de este doble hechizamiento es su hijo Enrique, en quien encarna la inteligencia exasperada de ese matrimonio de agoreros.

¡Pobre « mecha científica! » El cronómetro misura su sueño; sus comidas las dosifica por centigramos; el examen microscópico analiza todo lo que se restituye al

gran todo. La balanza y la toesa registran sus menores variaciones de peso y talla; una hidroterapia feroz en combinación con la gimnasia danesa-sueca-anglo-noruega abruma las horas que no agrava un pretendido esfuerzo intelectual. Resultado: un sér alelado que atraviesa la existencia con la incomprensión aterrorizada de un conejito de laboratorio. Los instrumentos de benevolente tortura que le atormentan, se le aparecen como tremendos *gris-gris*, como dioses fetiches á los que está obligado á obedecer. Sobre todo, el termómetro, esa barrita de cristal, le inquieta al despertar, después de las comidas, del paseo, de las sesiones de gimnasia.

Recuerdo que hace poco, le retenía un constipado en la cama y le llevé unos dulces envueltos en papel de plata. Apenas lo vió en el estuche me volvió dócilmente su lastimosa espalda de víctima.

¡ Creyó que, una vez más, iba á tomarle la temperatura !

* * *

Ya elegido el médico, que debe ser un hombre honrado, un hombre de buen sentido y autoridad, te confiarás á sus cuidados y le confiarás tu hijo, rogándole que te explique lo que prescribe y procurando comprenderle bien. ¡ Nada de medicina hermética, nada de secretos médicos que no conozca la madre ! Ésta es frecuentemente el mejor médico del niño, y, si de joven no ha aprendido los elementos de puericultura, importa que se los asimile durante la primera maternidad.

No esperes, querida sobrina, que estos elementos tan poco complicados, tan comprensibles, tan fáciles de aprender y practicar, tan moralizadores, vaya á desenvolverlos aquí. No estamos ya, lo repito, en el tiempo de Juan Jacobo. Los libros especiales sobre la materia abundan mucho. Sólo sobre un punto voy á ofrecerte algunas consideraciones personales, sobre un punto á propósito del cual Juan Jacobo insistió con ruidoso éxito y que mi amigo Brioux ha tratado también no hace mucho con gran acierto: la lactancia del niño.

Hagamos primero (siguiendo nuestro método invariable) descender el asunto de las alturas metafísicas ó de las regio-



... Debe amamantar usted misma á su hijo... (pag. 30)

nés sentimentales; coloquémosle «en el plano de humanidad»; proscribamos el romanticismo y las palabras deslumbradoras.

Romanticismo y grandes palabras aparte, es de evidencia inmediata que nada existe tan importante para una madre como la lactancia de su hijo. Conforme al deseo de la naturaleza, propicio á la moral del hogar, es, al mismo tiempo, el más cómodo de administrar. En una civilización sencilla, entre los campesinos franceses, por ejemplo, la cuestión ni siquiera llega á plantearse.

Nosotros diremos, pues, á la joven madre:

— Señora; debe amamantar usted misma á su hijo, porque habiendo procreado un sér que no pedía venir al mundo, le debe usted lo que más convenga á él. Así, pues, que vuestra leche es para ese niño la más conveniente, es evidente: entre el pecho de la joven madre y el organismo del niño que acaba de poner en el mundo, existe una adaptación única que no sería posible reproducir artificialmente, adaptación de parentesco, y, ¿cómo decirlo?, de «sincronismo». La leche de otra, brotada, como la de usted, al mismo tiempo que su hijo venía al mundo, no está directamente preparada para él por la naturaleza. Pero como, además, la ley Rousel, no deja á disposición de la madre sino nodrizas de siete meses, el niño de tres días se alimentará de una leche de siete meses y tendrá que adaptarse á ella. Es, pues, una equivocación ofrecer al niño otro pecho que el de su madre; es también un *peligro*. Esta es la verdad franca; no tiene necesidad de palabras retumbantes ni de sentimentalismos para impresionar tu claro espíritu de mujer moderna.

Esta misma claridad de espíritu moderno, te hará comprender, sin necesidad de elocuencia, otro mal que implica la lactancia por una nodriza mercenaria. Hasta atenuando la ley Rousel (demasiado frecuentemente eludida en la práctica), la lactancia mercenaria es escandalosa. Es una de las formas más crueles de la explotación del pobre por el rico. Un niño rico tiene dos madres, porque otro pobre no tiene ninguna. Si una madre burguesa no se muestra sensible á esta reflexión, la compadezco.

La lactancia mercenaria es, pues, doblemente perjudicial: para el niño rico que amamanta la nodriza y para el niño pobre que le arrebatan la madre. Hay, por lo tanto, que proscribirla.



... La lactancia mercenaria es doblemente perjudicial... (pag. 31).

Las jóvenes modernas que, en general, son inteligentes y sensibles á las deducciones racionales, no me contradecirán. Á lo sumo, muchas de ellas, y no las menos sinceras, replicarán:

— Lo que dice usted, señor, es razonable y verosímil; pero el papel que usted me propone es superior á mis deseos y

á mis fuerzas. Accedo gustosa á ser madre tres veces y más; pero para ello es indispensable que á cada maternidad añada un año de vida claustral... y mi ánimo flaquea. Pero no sólo se trata de esto; yo me sometería gustosa con la única condición de que mi esposo me ayudara. Con tal de que él no me deje y para que su vida esté íntimamente asociada á la mía, acepto... Pero sabe usted muy bien que esto es imposible; mi esposo no se plegará á este austero deber, — él, que no siente por el « muñeco » ese gusto apasionado que experimentan las madres, — él, para quien tantos hijos y alimentos representan la abstinencia forzada y el trastorno doméstico. Y yo no me siento capaz para llevar sola la carga. Compadézcame; siendo así, prefiero abstenerme.

¡ Prefiero abstenerme ! Es decir, prefiero limitar mi descendencia á dar veinte meses de mi vida á cada hijo. ¿ Comprendes ahora, Francisca, que el problema ha cambiado de aspecto después de Rousseau? El moralista se encuentra ante un tremendo dilema : despreciar la lactancia maternal ó exponerse á alentar la esterilidad.

Existe, es cierto, la lactancia artificial... Tal como se practica por médicos competentes, es un hecho nuevo muy importante y que, en parte, transforma la cuestión. Pero hoy, Francisca, no pasa de ser todavía un procedimiento que, para ser bien administrado, exige precauciones de laboratorio. Temo que, desde hace mucho tiempo, no se haya acostumbrado la clase media á las minucias de esterilización y lavado de los aparatos. Otro peligro : en tanto que la naturaleza dosifica, ó poco menos, la cantidad de leche en los pechos maternos, la nodriza seca intenta constantemente forzar la dosis, bien para saciar más fácilmente al niño ó bien para hacer aumentar más pronto su peso. De aquí los excesos de alimentación tan peligrosos... En fin, no será posible hacer creer á nadie que el recién nacido pueda, desde que viene al mundo, adaptarse á la leche cocida ni tampoco á la leche cruda de vaca... Un vago peligro existe, pues, en el esfuerzo de adaptación que se intenta desde el momento en que el niño comienza á vivir.

— Entonces — me dirás, — ¿cuál es la conclusión de

usted? — Mi conclusión es modesta y oportuna, como casi todas las conclusiones prácticas. Es, además, una conclusión para mi época, y, sobre todo, para las mujeres de mi patria.

En primer lugar se impone que todas las madres amamanten á sus hijos. La madre no tiene derecho á delegar esta función esencial en la hora en que todavía vacila la existencia de su hijo como la débil llama de una bujía nueva que el menor soplo puede extinguir. La madre debe á su hijo, en esta hora crítica, el máximo de probabilidades de existencia y salud. Negándole su leche limita extraordinariamente estas probabilidades. Acto criminal, que ninguna madre debe cometer.

Una vez abordada su función de nodriza, la madre la prolongará cuanto tiempo le sea posible. De día en día y de pecho á pecho, experimentará la alegría de ver crecer la fuerza, la vitalidad del pequeño sér que ha puesto en el mundo... Cuando hayan pasado tres meses será ya una resistencia muy diferente á la del día de su nacimiento. Entonces podrán ofrecerse dos casos :

Primero : La madre habrá tomado tal gusto á su papel venerable que no querrá renunciar á él y entonces su volun-



... ¡ El señor !... ¡ Como él no ha tenido que sufrir !... (pág. 35).

tad, firme como un instinto, triunfará de las resistencias del marido. Este es el deseo de la naturaleza y del moralista.

Segundo : Este deseo de la naturaleza y del moralista se encontrarán en conflicto con las dificultades de salud, de vida práctica, ó, sobre todo (este es el caso más frecuente), de armonía y comodidad conyugales... Entonces, ¡ que no cuente demasiado el moralista con su elocuencia para imponer al conflicto la solución corneliana, el sacrificio del egoísmo !... Felizmente, la ciencia moderna acude en socorro de la moral evitando al matrimonio que introduzca en escena á la nodriza mercenaria con todos los disgustos y peligros que lleva consigo. Si la lactancia inmediatamente artificial y únicamente artificial es peligrosa, no hay inconveniente en que se complete poco á poco la lactancia maternal con la artificial, ni tampoco, en la mayoría de los casos, en que, prudentemente, la segunda sustituya á la primera. Con esta ayuda, la joven madre alivia el peso que sería más valeroso, evidentemente, llevar por entero hasta el fin. Pero, como ha dicho Fenelón, la educación « no es un fantasma »; es decir, una abstracción. Nosotros hablamos y escribimos para seres concretos, provistos de cualidades y defectos, celosos de su libertad, de su comodidad y, á los cuales hay que facilitar el cumplimiento de sus deberes. Si los que les imponéis son demasiado arduos, serán capaces de abstenerse...

ASÍ, PUES, YO PREFIERO, PARA LAS FAMILIAS DE MI PATRIA, NIÑOS ALIMENTADOS MEDIANTE UN PROCEDIMIENTO MIXTO, Á LA ESTERILIDAD DE LOS MATRIMONIOS.

Querida Francisca, tú comenzarás á alimentar personalmente al niño que pronto pondrás en el mundo; tal vez pienses : « ¡ No puedo hacerlo hasta el fin ! » Pero no rechazarás el partido deliberado de la ayuda real, el nuevo auxilio que los hermosos trabajos de Pasteur ofrecen á la debilidad, física ó moral, de la mujer moderna.

* * *

...Eran las doce y veinte en punto y me encontraba leyendo esta carta escrita ayer noche, cuando me llamaron al teléfono...

— Vamos... ¿685-08?

— Sí... ¿Quién llama?

— Julieta, la doncella de M^{ma} Despeyroux... Es para comunicar al señor que la señora ha dado á luz esta mañana.

— ¿Cómo! ¿Ya? ¡ Si no lo esperaban hasta dentro de quince días !

— Sí... El doctor todavía dijo ayer noche que, seguramente, hasta dentro de una quincena... Pero, ya ve, esta mañana, poco antes de las cinco...

— ¿Pero, todo ha ido bien?

— ¡ Sí, muy bien ! Una preciosa niña que pesa seis libras ciento cincuenta gramos.

— ¡ Caramba ! ¡ Es un peso ! ¿Y la madre sigue bien?

— Todo lo bien que es posible en estos casos.

— Felicítala, Julieta, en tanto que voy yo á verla. Felicita también á M. Máximo Despeyroux, que debe estar muy contento.

Á lo cual respondió Julieta textualmente, antes de colgar el receptor :

— ¡ Ah !... ¡ El señor !... ¡ Como él no ha tenido que sufrir !

Y, en esta réplica, percibi la protesta instintiva (pasajera felizmente) del sexo femenino contra ese rudo deber del cual el hombre está exceptuado.